

ziente.

able, se perdió en
fectuó tres salidas.
nda, fué derribado
rrizaje forzoso. Al
ndolo a descender
un amigo:
s. Por fin accedi
pueblo de la C
instaló en el pue
te Bozón-Verduras,

EL CAMINO DE AYOS

por Enriqueta Celarié ★ Ilustraciones de Guevara

El camino que seguimos, de Yauco a Ayos, ofrece el encanto de un maravilloso jardín. Veinte y siete kilómetros, profundo, inalterado, eterno las palmeras se suceden. Un agua abundante las anega casi. Como toda el África Ecuatorial, el Camerún tiene buen negro.

Mujeres indígenas pasan, agobiadas bajo una bananera. Muchas llevan un delantal de algodón de colores abigarrados. La moda de las otras es uniforme. Algunas corrientes de abalorios alrededor de la cintura sostienen por delante un cetro de palo y, por detrás, un almohadón: el "chele", por ellas de rafia, como a la mujer camina, esta fibra se balancea rítmicamente. A cada paso cuando se sienta, las recoge bajo el cetro de un aparato, a decir verdad, muy cómodo. Ayos es el "chele".

¿Un camino que se halla, ni siquiera cuando lleva un vestido a la europea. La silueta un poco cómica que presentan al, vistas de espaldas, recuerda las de nuestras madres, allá por el año 80, cuando usaba el polizón.

De pronto se nos acerca una figura envuelta por el sufrimiento. Es un niño delgado, raído, recubierto de una caparazón de barro que se levanta en escamas. Huérfano, seguramente. No hay manera de equivocarse: así nos están rodeados por las nubes, terribles insectos de la selva. Nadie en la tribu se ocupa de él. Pasa por nosotros de hambre, busca sus alimentos entre las hachuras. Siempre sucede lo mismo. En la noche le traen al administrador un bebé de cuatro días; la madre había muerto al darlo a luz. Ninguna mujer en la aldea, quiso darle el pecho. Hay un sentimiento de reproche para nosotros, la obediencia a una interdicción ritual: el "chele". Quien no la acata, es castigado directamente o en la cabeza de los suyos.

Parámos en el kilómetro 84. Sobre el borde del camino, el jefe indígena de la región hace construir una gran choza. Sus mujeres se agitan, demandan enteramente, bajo el "chele", renuevan la tierra, la mezclan con las pieles. La ardiente luz del mediodía las fulmina. De sus cuerpos emanan un olor repugnante. El jefe ha pagado una dote para ellas. Ellas son las madres de otros de su raza y, más aún, admirables instrumentos de trabajo. A las mujeres les tocan los trabajos más pesados. Mientras que ellas no pasan un minuto, el hombre vive en una feliz pereza. Su sola función consiste en comer las legumbres, los frutos que sus mujeres han recolectado o en recibir el dinero en el mercado. Un jefe rico posee centenares de mujeres. Tan sólo algunas de ellas son sus esposas. Las otras son simples esclavas. Cuando muere, sus hijos se reparten entre los demás hombres. Cuando más mujeres posee el indígena, más dispone de productos para vender, más aumenta su riqueza y más mujeres puede comprar.

A primera vista pareciera que con los indígenas que tienen más mujeres los que debían tener más criaturas. No ocurre así. El sultán de los Bantams, de Ayos, ha tenido más de mil hijos. El jefe de la tribu de los Bantams, de Ayos, ha tenido más de mil hijos. El jefe de la tribu de los Bantams, de Ayos, ha tenido más de mil hijos.

—¿La vista ya mecas test-tes? — Sí, en proyección. — En el mismo momento una mosca vuela cerca mío. Exclamó: — ¡He aquí una mosca! — Es una mosca filaria. Sus alas no se ven, en forma de tijera, su grueso vientre negro está entizado de amarillo. Si en forma de tijera, sus alas no se ven, en forma de tijera, su grueso vientre negro está entizado de amarillo. Si en forma de tijera, sus alas no se ven, en forma de tijera, su grueso vientre negro está entizado de amarillo.

—¿Cómo lo supo usted, doctor? — le pregunto. — ¿Dormía usted todo el tiempo? — ¡Al contrario! No podía dormir. Me sentía fatigado, pero iba a mis obligaciones. Tenía un poco de fiebre, que achacaba al paludismo. También sentía dolores de cabeza. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

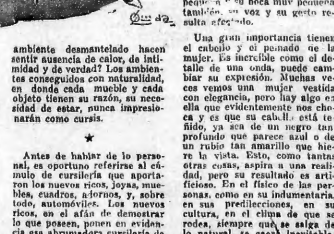
—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.



hago o pisque, cuando tenía que abrir una puerta cualquiera. Eso vive, es por otra parte, el que me dio la voz de alarma. Un examen de la sangre reveló que yo alimentaba magníficos tripanosomas.

Un día me las cargas que como indígenas llevan sin flaquear — me dice el doctor Jamot. — Usted ve a su aire de salud. Hace algunos años no hubiera visto más que espectros. Estamos en el antiguo reino de la enfermedad del sueño. Su cura está aliada en el valle del alto Nyong. Un oficial alemán, el capitán von Stein, le señaló por primera vez, en 1901. En esta región, el bosque es pantanoso, los árboles son innumerables y la población relativamente densa. La enfermedad encontraba condiciones favorables a su desarrollo. Vacías las cascas, desprotegidas las aldeas. Donde había tres mil habitantes, no tardaba en dejar quinientos. La crisis de la enfermedad del sueño había que reaparecer en dos o tres años.

—¿Cómo lo supo usted, doctor? — le pregunto. — ¿Dormía usted todo el tiempo? — ¡Al contrario! No podía dormir. Me sentía fatigado, pero iba a mis obligaciones. Tenía un poco de fiebre, que achacaba al paludismo. También sentía dolores de cabeza. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

El caso de un hombre, cuando tenía que abrir una puerta cualquiera. Eso vive, es por otra parte, el que me dio la voz de alarma. Un examen de la sangre reveló que yo alimentaba magníficos tripanosomas.

Un día me las cargas que como indígenas llevan sin flaquear — me dice el doctor Jamot. — Usted ve a su aire de salud. Hace algunos años no hubiera visto más que espectros. Estamos en el antiguo reino de la enfermedad del sueño. Su cura está aliada en el valle del alto Nyong. Un oficial alemán, el capitán von Stein, le señaló por primera vez, en 1901. En esta región, el bosque es pantanoso, los árboles son innumerables y la población relativamente densa. La enfermedad encontraba condiciones favorables a su desarrollo. Vacías las cascas, desprotegidas las aldeas. Donde había tres mil habitantes, no tardaba en dejar quinientos. La crisis de la enfermedad del sueño había que reaparecer en dos o tres años.

—¿Cómo lo supo usted, doctor? — le pregunto. — ¿Dormía usted todo el tiempo? — ¡Al contrario! No podía dormir. Me sentía fatigado, pero iba a mis obligaciones. Tenía un poco de fiebre, que achacaba al paludismo. También sentía dolores de cabeza. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

—¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto. — ¿Y la enfermedad? — le pregunto. — ¡Y la enfermedad? — le pregunto.

CRITICA REVISTA MULTICOLOR — Mayor circulación sudamericana — Buenos Aires, Noviembre 16 de 1934

EL MURDERE LAS ORELLAS,

por F. Bustos
ILUSTRACION DE SORAZABAL



Jura que no sabe quién es y que no es Rosendo. ¿Quién le iba a creer? El hombre a nosotros tiene su historia. Yo pensé que me la había temblado el pulso al que lo arreglé. El hombre, sin embargo, era duro. Cuando golpeó, la Julia había estado echando unos

males y el mate dió la vuelta redonda y volvió a mi mano, ante que fallé. "Apéame la cara", dijo despacio, cuando me pudo más. Sólo le quedaba el orgullo y no quería que le curasen. Todos los mortecados de su muerte. Alguien le puso encima el chambrero negro, que era de ropa alísima. Se murió abajo del chambrero, sin que. Cuando el pecho acostado dejó de salir y burló se animaron a descubrirlo. Te de los hombres de mas coraje que hubo en aquel entonces, desde la fatiga hasta a. Sur: en cuanto lo supo muerto y sin habla, le perdí el odio.

Para morir, no se necesita más que estar vivo. — dijo una del montón, y otra, pensativa también.

Tanta soberbia el hombre, y no sirve, más que para juntar moscas.

Entonces los notorios fueron diciéndose una cosa después de otra a tiempo la respiración fuerte después:

—Lo mató la mujer.

Uno le gritó en la cara si era ella, y todos la cercaron. Ya me olvidé que tenía que producir y me les atravesó como luz. De alondrador, casi como el fango. Sentí que muchos me miraban, para no decir todos. Dijo como con sepiar.

—Fíjense en las manos de esa mujer. ¿Qué pulso ni qué corazón va a tener para clavar una puñalada?

Alejandro me desganó de guapo.

—Quien iba a soñar que el finado, que según dicen, era malo en su barrio, fuera a concluir de una manera tan bruta, y en un lugar tan enteramente muerto como éste, ante no para nada, cuando me era alguno de ajera para darme.



MI tan luego, habíame del finado Francisco Real. Yo lo conocí, cuando no, y eso que antes no era su hijo, pero por el Norte, por esos lares de la lengua de González y la lila. Arriba de tres veces no lo traté, y esa, en una misma noche, pero es noche que no me se olvidó, como que en ella vino la Luján para darme, para no volver, el Arroyo. A ustedes, claro que les falta la debida experiencia para reconocer ese nombre, pero Rosendo Juárez el Pequeño, era de los que estaban más fuerte por el Santa Rita. Nunca creísteis al cuchillo y era uno de los hombres de D. Nicolás Paredes, que era uno de los hombres de los otros en un caso, con las prendas de plata; los hombres y los perros le respaldaban y las chinas también; nadie ignoraba que estaba deliendo dos muertitos; usaba un chambrero alto de finísima solita de metal, en la punta le miraba, como quien dice. Los moscos de la Villa le copaban hasta el modo de escapar. Sin embargo, una noche nos fuiste la verdadera condición de Rosendo.

—Dese cuenta, pero la historia de esa noche trágica empezó por un placer inocente de rudas coloradas, luego hasta el toje de hombres, que iba a los barqueros por esos calientes de barro duro, entre los hornos de ladrillos y los hueros, y dos de negro, dilo gotarilar y aturdir, y al del presente que se le atravesaban al moro, y se echaban las alusiones en el medio, y se echó el Corralero de tanta mona, y el hombre iba a pelear y a matar. La noche era una bendición tan fresca dos de ellos iban sobre la cabeza volando, como la solada fuera un corzo. No sé si el primer suceso de tantos que hubo, pero recién después de un "salón" de Julia, que era un galpón de chapas de cir, entre el camino de Gano y el Maldonado. Era un local que usó lo dividía de lejos, por la luz que mandaba a la redonda el sinvergüenza del farol, y por el lavallito también. La Julia, aunque de humildes, era una de las más condescendientes y formal, así que no fallaban masticantes, giles, bobos y compadres resistentes al baile. Pero la Luján, que era la mujer de Rosendo, las sobrala lejos a todos. Se murió, señor, y digo que hay algo en que me pongo en ella, pero había que verla en su día, con esos ojos. Verla, no había sufrido.

La sala, la salía, el hombre, una condescendiente mala palabra de boca de Rosendo, una mala aya en el momento que yo traté de salir como una amirál: la casa es que yo estaba más feliz. Me tocó una compañera muy sepiar, que iba como albedriada la intención, luego hacia su voluntad con nosotros y nos daba y nos paraba y nos ordenaba y nos volvía a encontrar. En esa diversión estaban los hombres, lo mismo que en un sueño, cuando de golpe se despertó crecía la música, y era que ya se tiraban con ella a los galiteros del col, cada vez más cercano. Después, la brisa que le vino por otro rumbo, y volvió a atender mi cuerpo y al de la compañera y a las condescendientes del baile. Al fin, luego, llanaron a la puerta con autoridad, y una voz. En seguida un silencio general, una pechara poderosa a la puerta y el hombre estaba adentro. El hombre era parecido a la voz.

Para nosotros no era todavía Francisco Real, pero sí un tipo serio, formal, traspasado enteramente de negro, y una chalina de un color como bayo, echaba sobre el hombre. La cara recuadro que era alísimo, escuadrado.

Me golpeó la hoja de la puerta al abrirse. De puro alondrador me le fui encima y le reagué la luz, en la fecha, mientras con la derecha sacaba el cuchillo filoso que cargaba en la sien del hombre, junto al solado izquierdo. Poco iba a durarme la atropellada. El hombre, para aferrarse, entró los brazos y me hizo a un lado, como el quidador de un estorbo. Me dejó agachado detrás, todavía con la mano alajo del talón de solera al arma izquierda. Siguió como el talón de solera al arma izquierda. Siguió, siempre más alto que cualquiera de los que iba desparatando, siempre me dio un ver. Los primeros — pero italiano me miró — se abrieron como albanos, apurados. La voz no duró. En el momento siguiente ya estaba el Inglés extendido, y antes de sentir en la nuca la mano del forastero, se le durmió la piñanza que me quedaba. Justo en ese momento me venise ya todos al humo. El establecimiento tenía más de muchas varas de fondo, y el corral como un crin, así de punta a punta, a pedradas, a silbidos y al silencio. Primero le traron trompadas, después, al ver que no se movía, los golpes, para sacarlo de la mano abierta o con el filo inofensivo de las chalcas, como siéndoles de él. También, como recordándolo a Rosendo, que no se había movido para eso de la parte del fondo, en la que había escapado, claro. Pichas con apuro se arrastró, como si ya entendiera, lo que vimes clara después. El Corralero fue empujado hacia el firme y anegrecido, con ese viento de chalcas sin diferencia de clima: fútil, chichoso, escuadrado, recién había cuando se enfrentó con Rosendo. Entonces lo miró y se despió, la cara con el antefaz y dijo estas cosas.

—Yo soy Francisco Real, un hombre del Norte. Yo soy Francisco Real, que le dicen el Corralero. Yo lo he conocido a este hombre, pero me alarón la mano, porque lo que estoy haciendo es un hombre. Andan por ahí unos habidos diciendo que en este establecimiento hay que tiene muertitos de cuchillos y de mala, y me dicen el Pequeño. Quiere decirme que me enseñe a mí, que soy nadie, lo que es un hombre de coraje y de valor.

Dijo estas cosas y no le quitó los ojos de curi-

matos y el mate dió la vuelta redonda y volvió a mi mano, ante que fallé. "Apéame la cara", dijo despacio, cuando me pudo más. Sólo le quedaba el orgullo y no quería que le curasen. Todos los mortecados de su muerte. Alguien le puso encima el chambrero negro, que era de ropa alísima. Se murió abajo del chambrero, sin que. Cuando el pecho acostado dejó de salir y burló se animaron a descubrirlo. Te de los hombres de mas coraje que hubo en aquel entonces, desde la fatiga hasta a. Sur: en cuanto lo supo muerto y sin habla, le perdí el odio.

Para morir, no se necesita más que estar vivo. — dijo una del montón, y otra, pensativa también.

Tanta soberbia el hombre, y no sirve, más que para juntar moscas.

Entonces los notorios fueron diciéndose una cosa después de otra a tiempo la respiración fuerte después:

—Lo mató la mujer.

Uno le gritó en la cara si era ella, y todos la cercaron. Ya me olvidé que tenía que producir y me les atravesó como luz. De alondrador, casi como el fango. Sentí que muchos me miraban, para no decir todos. Dijo como con sepiar.

—Fíjense en las manos de esa mujer. ¿Qué pulso ni qué corazón va a tener para clavar una puñalada?

Alejandro me desganó de guapo.

—Quien iba a soñar que el finado, que según dicen, era malo en su barrio, fuera a concluir de una manera tan bruta, y en un lugar tan enteramente muerto como éste, ante no para nada, cuando me era alguno de ajera para darme.

matos y el mate dió la vuelta redonda y volvió a mi mano, ante que fallé. "Apéame la cara", dijo despacio, cuando me pudo más. Sólo le quedaba el orgullo y no quería que le curasen. Todos los mortecados de su muerte. Alguien le puso encima el chambrero negro, que era de ropa alísima. Se murió abajo del chambrero, sin que. Cuando el pecho acostado dejó de salir y burló se animaron a descubrirlo. Te de los hombres de mas coraje que hubo en aquel entonces, desde la fatiga hasta a. Sur: en cuanto lo supo muerto y sin habla, le perdí el odio.

Para morir, no se necesita más que estar vivo. — dijo una del montón, y otra, pensativa también.

Tanta soberbia el hombre, y no sirve, más que para juntar moscas.

Entonces los notorios fueron diciéndose una cosa después de otra a tiempo la respiración fuerte después:

—Lo mató la mujer.

Uno le gritó en la cara si era ella, y todos la cercaron. Ya me olvidé que tenía que producir y me les atravesó como luz. De alondrador, casi como el fango. Sentí que muchos me miraban, para no decir todos. Dijo como con sepiar.

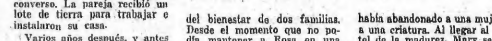
—Fíjense en las manos de esa mujer. ¿Qué pulso ni qué corazón va a tener para clavar una puñalada?

Alejandro me desganó de guapo.

—Quien iba a soñar que el finado, que según dicen, era malo en su barrio, fuera a concluir de una manera tan bruta, y en un lugar tan enteramente muerto como éste, ante no para nada, cuando me era alguno de ajera para darme.



no



En el escorialito recorrió ni po al oír el relato de Rudo y, medroso y angustiado, preguntó:

—¿Y cuando murió la Doña Eleuteria?... —

—Justito el sábado a la noche cantan Gloria... —

Entonces, aterrado, comprendió que mas allá inexorablemente le echó el encargo de "mamá ma", la cual ponía en interacción cierta y aferrada a la vida, por su mano, después de muerta, había completado su ganancia india, develándose el tercio.

po

bln-

de Rechain,

tembre 1933

lagna India, devalutando il
lerio.

—